

Desinformación

LORENZO MEYER

LA cultura propia de la democracia política no se adquiere de golpe. Uno de los muchos obstáculos que debe superar es el del manejo irresponsable de la información. En vísperas del día de las elecciones abundan los ejemplos de mala información, tanto de parte del gobierno y su partido como de los opositores y de los propios medios masivos de información. Si alguien es mal pensado puede, incluso, suponer la existencia de una campaña de desinformación originada en alguna dependencia gubernamental.

Veamos, por ejemplo, cómo se está manejando el tema de las encuestas de opinión pública. Para empezar, debemos partir del hecho de que en México, como bien lo señaló Jorge Castañeda en su más reciente artículo, no existe ninguna institución nacional encuestadora capaz de abordar los temas políticos urgentes y que cuente con la confianza de la opinión pública.

★

YO voy más lejos, sospecho que en realidad ni siquiera hay una opinión pública dispuesta a aceptar como algo natural y positivo la visita y el interrogatorio del encuestador. No es imposible suponer que en una cultura cívica como la nuestra el encuestado abrigue sospechas en relación con quien lo interroga, y que posiblemente responda según supone que el encuestador quiere oírlo y no según su verdadera opinión, para así quitarse de encima un posible problema.

Seguramente es esta ausencia de instituciones profesionales investigadoras sobre opinión pública, conocidas y confiables —ausencia que espero ya no dure mucho tiempo—, lo que ha llevado a intentar usar en estos días a las universidades como sustitutos. En efecto, primero fue el anuncio de una encuesta

efectuada por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPS) de la UNAM y en la cual se aseguró que según 61.4% de los encuestados, el candidato del PRI a la Presidencia de la República iba a triunfar en las próximas elecciones. Las dudas sobre la encuesta no tardaron en aparecer, pues se adujo que la distinción entre quién cree el encuestado que va a ganar y por quién piensa él votar es importante y entonces la respuesta no fue aceptada como un pronóstico válido del resultado electoral del 6 de julio; hubo además otras críticas en torno a la selección de la muestra, etcétera. En cualquier caso, apenas apareció la noticia en primera

plana, un funcionario de la FCPS se apresuró a desmentir que la encuesta fuera responsabilidad de aquélla en cuanto tal, sino de algunos profesores de la misma. En fin, el intento de sustituir al instituto de opinión pública con la universidad produjo tensiones dentro de ésta.

★

LA cosa no pararía ahí. El domingo y el lunes pasados, Ubaldo Díaz publicó en la primera plana de *UnomásUno* que había otra investigación similar, y con resultados muy parecidos a la anterior, pero hecha por El Colegio de México. Según este nuevo estudio, el candidato presidencial del PRI obtendría el 6 de julio 62% de los votos emitidos. Desafortunadamente Díaz no dio el nombre del estudio ni del autor o autores ni cuál fue la metodología de la encuesta. Intenté varias veces ponerme en contacto con él para averiguar estos datos y nunca le encontré ni respondió a mis llamados; pregunté entonces a las autoridades y a varios investigadores de El Colegio de México sobre la naturaleza de tal encuesta y nadie me pudo dar razón de la misma, nadie la conocía.

En lo personal, este uso tan a la ligera de encuestas reales o ficticias para determinar de antemano la naturaleza del triunfo del PRI tomó un giro insospechado y francamente ridículo. En efecto, en una columna política de un diario capitalino del día 17 de este mes apareció un comentario firmado por Lilia Arellano, donde se me acusa de irresponsable por... ser el director de la encuesta elaborada por los tres profesores de la FCPS de la UNAM y a la que ya he hecho referencia. No conforme con eso, la autora de la nota dice que yo fui, ni más ni menos, ¡el coordinador de asesores y secretario particular del subsecretario de Gobernación, Fernando Pérez Correa! Como si lo anterior no fuera suficiente, la señora Arellano se pregunta con ironía de dónde sacaría yo el dinero para una encuesta nacional si la UNAM ya dijo que ella no lo dio. Bueno, pues a mí también me gustaría saber de dónde salió un dinero para una encuesta que yo no hice, en una institución donde yo no trabajo y como ex asesor y ex secretario particular de un funcionario de Gobernación al que jamás he servido, pues

Elecciones.- Desinformación

Sigue de la página siete

nunca he trabajado en secretaría de Estado alguna. En fin, no es necesario ser paranoico para sospechar que quizá a la notoria falta de profesionalismo de ciertos periodistas es necesario agregar la posibilidad de que exista algo semejante a una campaña de desinformación.

★

ANTE el triste estado en que se encuentra nuestra capacidad para hacer encuestas de opinión pública sobre temas políticos controvertidos, resulta que la mejor alternativa disponible es la que acaba de proveernos la hecha por la norteamericana Gallup, patrocinada por una empresa de televisión de Estados Unidos y por

revistas y periódicos estadounidenses y europeos. Es lamentable que ese sea el caso, pero hoy por hoy nuestra cultura del fraude hace menos sospechosas las cifras y las técnicas de una empresa de fama mundial que se supone no está dispuesta a poner en riesgo su mayor acervo —la credibilidad de que goza internacionalmente gracias a una tradición de trabajo muy profesional y efectivo—, para favorecer a ciertos intereses particulares en México. Como se acaba de publicar, la muestra fue nacional —2,960 individuos—, hecha a personas empadronadas, con una buena cantidad de preguntas, por escrito y de tal forma que fuera imposible identificar al autor. Los resultados dan al PRI 56% de los sufragios —margen de triunfo un poco menor

que el de las encuestas a las cuales hice referencia antes— y a Cuauhtémoc Cárdenas un interesante segundo lugar —otra diferencia con las mencionadas, pero coincidente con una anterior hecha por Miguel Basáñez—. Tengo entendido que los encuestadores de Gallup piensan efectuar una segunda ronda, ésta tendrá lugar a la salida de las casillas y las respuestas también se van a entregar en sobre cerrado. Es así —y quizá sin proponérselo pero gracias a nuestra incredulidad sobre nuestras propias instituciones— que la Gallup se ha colocado como el punto de referencia para determinar la validez de las cifras electorales oficiales, hecho que no es saludable, pues las encuestas son instrumentos falibles. En fin, ojalá sus técnicas se hayan

adaptado bien a nuestra peculiar cultura cívica.

Volvamos ahora la vista a esa cultura cívica, producto y origen de algunos de nuestros grandes males. “Nuestra fe democrática comienza en el proceso electoral”. Lo anterior fue dicho por el candidato del PRI a la presidencia, Carlos Salinas de Gortari, en su famoso discurso de Puebla sobre los retos de la democracia. Todos debemos celebrar el hecho de que el candidato del partido del Estado haga esta profesión de fe democrática y tal fe incluya al proceso electoral. Lo malo es que todo indica la existencia de un número considerable de mexicanos que por una razón u otra todavía somos unos perfectos descreídos en cuanto al carácter democrático del proceso electoral mexicano tal y como éste se ha llevado a cabo desde el nacimiento del régimen actual hasta el día de hoy. Sería deseable que el grueso de los ciudadanos

de este país tuviéramos la fe en ese proceso que el candidato del PRI dice tener, pero desgraciadamente no se trata de un problema de voluntad sino de experiencia histórica. Destruir la desconfianza actual en los resultados oficiales de los comicios va a requerir de tiempo y, sobre todo, de

una actitud absolutamente clara del gobierno en el manejo de todos los procesos electorales. Y hasta hoy, tal actitud aún no existe.

La campaña del partido del Estado fue muy tradicional: acarreo, uso indebido de recursos de aquél

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

Vísperas de Elecciones.- Desinformación

Sigue de la página ocho

en la campaña partidista, un tipo de discurso estridente y demasiado parecido a los de campañas anteriores, etcétera. Sin embargo, eso no es lo más importante, sino que la jornada del 6 de julio inevitablemente se va a llevar a cabo bajo la sombra de

la sospecha que aún proyectan los acontecimientos de hace poco en Chihuahua o Juchitán. Y, finalmente, lo peor: se trata de una sombra muy larga, que se proyecta cuando menos desde las sospechas despertadas por la elección de 1930 y otras muchas que le siguieron, nacionales y locales, efectuadas sin la

transparencia, la nitidez que hoy, supuestamente, todos demandamos. Ojalá que destruir la historia generadora de esa cultura del fraude en la que hoy vivimos no nos tome el mismo tiempo que llevó construirla. En este caso se necesita acelerar el tiempo histórico.

Es imperativo que el go-

bierno resista el 6 de julio la tentación de dejarse llevar por sus instintos y no tente detener, mediante el fraude, la marcha al pluralismo partidario de la que hoy somos testigos. Responsabilidad muy grande en este proceso le cabe al candidato del PRI. El es la pieza clave para desalentar prácticas muy arra-

gadas en el aparato estatal y corporativo en que se basa ese partido.

Pero, ¿es realista esperar esta transformación?, ¿no es mucho pedir que el gobierno deje de ser juez y parte en el proceso electoral? Si y no. Obviamente, no hay muchas razones para que la lógica electoral cambie entre, por ejemplo, los dirigentes de la CTM, los gobernadores o los presidentes municipales, por mencionar los casos más notorios. Para la mayoría de ellos, un México políticamente democrático es un lugar con pocas oportunidades personales y muchos peligros.

Por todo lo anterior, el peso del cambio en materia de práctica electoral cae sobre los hombros de la dirigencia nacional del partido del Estado, pues sólo en su caso se puede esperar una cierta coincidencia entre su interés personal con la transformación democrática del sistema para impedir el surgimiento de condiciones que lleven a la violencia, a pérdida de la estabilidad. Ahora bien, el interés de largo plazo —la democratización— y el de corto plazo —el triunfo a toda costa— pueden contraponerse. Es necesario que todos alentemos que se sobreponga la lógica del largo plazo a la del corto. Confío en que ese sea el caso el 6 de julio.